

CONFERENCIA DE DON SLATER

25 de septiembre de 2008

Presentación

Tomás Ariztía

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Don Slater pertenece a la generación de sociólogos británicos que emerge a fines de los ochenta y cuya obra surge en fuerte diálogo con los estudios culturales, las humanidades y la antropología. Quizás por esto mismo la producción académica de Slater mantiene una apertura y flexibilidad temática difícil de encuadrar dentro de los tradicionalmente estrechos cajones subdisciplinarios de la sociología. Podríamos decir que, más que en términos de un área particular de la sociología, su aporte se debiera evaluar en términos del desarrollo de una sensibilidad sociológica específica, que nace del cruce de una fuerte vocación etnográfica (como una apuesta a conocer lo social tal como es producido por los actores) y la teoría social contemporánea. Estas dos herramientas dan como resultado una abierta reevaluación de las posibilidades y limitaciones de las categorías tradicionales de la sociología.

El trabajo de Slater se ha concentrado principalmente en dos ámbitos: a) el estudio de las relaciones entre cultura y economía, y b) el estudio de los nuevos medios de comunicación. En términos de los cruces entre economía y cultura, Slater ha mostrado desde su formación doctoral un fuerte interés por pensar la vida económica con las herramientas de la teoría cultural. Tal como lo expresa el título de uno de sus trabajos, “Capturing Markets from the Economists” (2002), esto implica en la práctica reclamar los mercados y el consumo como espacios legítimos de indagación sociológica. Este punto de partida no significa únicamente reconocer la creciente relevancia de la cultura dentro de la economía, sino también concebir los mercados y el consumo como espacios que descansan en la producción de significados culturales. Uno de los ámbitos en los cuales Slater ha sido más fructífero se vincula al estudio de los distintos aspectos de la cultura del consumo. Su libro *Consumer Culture and Modernity* (1997) es un referente central en el análisis de las implicancias

sociológicas del consumo. La centralidad de este trabajo radica en la capacidad del autor para explorar sociológicamente las conexiones (y desconexiones) entre la teoría social y la formación de la cultura del consumo moderna. Este trabajo de análisis y deconstrucción de las formas en que pensamos la vida económica es continuado en su libro *Market Society* (2000), coautorado con Fran Tonkiss. Aquí reflexiona sobre las conexiones existentes entre la teoría social y los mercados. Concretamente, los autores exploran las distintas conceptualizaciones del mercado y su relación con las nociones de orden social y modernidad que articulan la historia del pensamiento de las ciencias sociales. Tanto *Consumer Culture and Modernity* como *Market Society* constituyen los pilares históricos de su agenda de investigación sobre cultura y economía.

En términos de su trabajo de corte más empírico en el tema de la cultura y la economía, Slater ha estudiado principalmente las conexiones entre publicidad, imagen y cultura del consumo –sobre todo en “From Calculation to Alienation” (2002) y “Capturing Markets from the Economists”–, así como las relaciones entre cultura y la creación de mercados. Su estudio de las prácticas cotidianas de los publicistas explora cómo la publicidad opera sobre la base del cruce de procesos de categorización cultural y orientaciones instrumentales. Desde una mirada etnográfica, la publicidad aparece como una práctica central en la formación de mercados, que descansa en la capacidad de los publicistas para desarrollar distintos tipos de cálculos orientados a conectar instrumentalmente los bienes producidos con sus usos y significados. En su libro *The Technological Economy* (2005), coeditado con A. Barry, Slater continúa su exploración de las conexiones entre cultura y economía, indagando, en este caso particular, las relaciones entre economía, discursos y tecnologías. Nuevamente, el interés radica aquí en pensar cómo los actores (económicos) producen empíricamente los mercados. En línea con los trabajos de Callon y Miller, un punto medular en su indagación se refiere a la centralidad que el conocimiento económico mantiene en la creación de la vida económica. Se trata aquí de transformar también en objeto de análisis los distintos conocimientos económicos, los cuales son centrales en la producción de los mercados. El interés de Slater, por lo tanto, radica en explorar las conexiones y ensamblajes entre significados culturales, prácticas económicas y producción de los mercados. Esta apelación a la performatividad del conocimiento y su conexión con la teoría del actor-red, particularmente al trabajo de Callon y Latour, son elementos recurrentes en sus indagaciones recientes.

Un segundo ámbito de investigación se refiere a la sociología de internet y las nuevas tecnologías de la información y comunicación (TIC), tema sobre el

cual versa la conferencia transcrita en este volumen. Este trabajo se vincula a un interés más amplio del autor por las mediaciones, el cual se ha traducido también en publicaciones sobre fotografía y cultura visual (“Consuming Kodak”, de 1995). Nuevamente, el trabajo de Slater en esta área no se orienta a proponer nuevas categorías de análisis, sino a repensar los límites y posibilidades de los conceptos con que tradicionalmente pensamos acerca de estos temas. Slater se sirve de la investigación etnográfica para pensar internet y los nuevos medios en términos de sus usos en contextos específicos. Se trata de cuestionar —desde la variedad de usos y prácticas que aparecen en terreno— las generalizaciones y categorizaciones teóricas que circulan a nivel de la sociología *mainstream* y la esfera pública. Slater ha desarrollado empíricamente esta sociología de los medios en numerosos trabajos. Un área particularmente relevante han sido sus estudios etnográficos de la experiencia *online*. Su libro *The Internet: An Ethnographic Approach* (2000), coautorado con Daniel Miller, analiza los usos y significados asociados a internet en la isla caribeña de Trinidad. El texto intenta demostrar cómo internet no es una esfera desconectada de lo social, sino que media la construcción de significados y valores externos al mundo *online*. Paralelamente, el autor también ha investigado la relación entre nuevas tecnologías y desarrollo, explorando las conexiones (y desconexiones) entre los usos y significados de las TIC y los discursos acerca de la globalización y desarrollo. Este estudio involucró la realización de etnografía en países como Sri Lanka, Ghana, Sudáfrica y Jamaica. Slater le otorga una gran centralidad al rol que las TIC juegan en producir (y mediar) lo social. Su punto de partida es que no es posible pensar fenómenos como internet en cuanto espacios abstractos: necesariamente tienen que ser enfrentados desde las mediaciones y significaciones concretas que establecen con otros ámbitos de lo social: “Internet no es un ciberespacio monolítico y sin vinculación a un lugar; por el contrario, internet son numerosas tecnologías, utilizadas por distintos tipos de personas, en diversas localidades del mundo”.

Habiendo intentado dar cuenta de la amplitud y variedad temática del trabajo de Slater, pasemos a definir cuáles podrían ser los elementos que caracterizarían la sensibilidad sociológica propia que impregna su investigación y reflexión. Tras una mirada general a su obra es posible reconocer, al menos, tres ejes relevantes: a) la centralidad del enfoque etnográfico, entendido como una práctica investigativa que involucra una participación de primera mano entre el investigador y el fenómeno; b) un compromiso por indagar en la producción de lo social en términos amplios, otorgando una particular centralidad a los objetos y a otras mediaciones (como la imagen o los medios); y,

a partir de lo anterior, c) un relativo distanciamiento de las grandes dicotomías analíticas sobre las cuales la sociología tradicionalmente ha enfrentado a sus objetos (tales como estructura/agencia o local/global). En buena medida, estos tres ejes son también parte central de la obra de otros sociólogos de la misma generación que mantienen diálogos similares en términos interdisciplinarios (como Andrew Barry o Celia Lury). Con estos autores, Slater comparte no sólo algunos principios, sino también una mirada crítica a la sociología de los grandes relatos de cambio social y epocal propia de las generaciones anteriores (por ejemplo, Savage). Frente a estas macrodescripciones, la sociología de Slater vuelca su atención a las particularidades y complejidad de lo social, centrándose en describir cómo los distintos fenómenos sociales son ensamblados a partir del cruce de prácticas, objetos y discursos.

¿Cómo podríamos, entonces, llamar a esta sensibilidad propia de Slater? Podríamos denominarla una particular “sociología de los actores”. Particular, por cuanto presenta al menos dos especificidades que son propias del autor. En primer lugar, la vuelta a los actores no implica únicamente considerar las prácticas y discursos humanos, sino además reconocer el rol de actores no humanos en la producción de lo social. La apertura de Slater hacia los objetos es un elemento recurrente y visible en sus distintos trabajos. Ya sea que se expliciten en el análisis de la cultura del consumo, en la categorización de bienes y su relación con la producción de los mercados, o en el uso y apropiación de las TIC, los objetos aparecen siempre como un elemento central en el análisis. Para Slater, ellos no son únicamente el espacio en los cuales se “representa” la sociedad, sino que son, en sí mismos, una dimensión central en la producción de ésta.

En segundo lugar, es justamente esta vuelta radical a los actores lo que hace singularmente central evaluar las posibilidades, las limitaciones y los efectos de las categorías con que operan las ciencias sociales. Para el ojo etnográfico, éstas no emergen únicamente como representaciones de fenómenos externos: son también un ingrediente más en la producción de lo social. La génesis y el impacto de conceptos como global/local (“Assembling Asturias: Scaling Devices and Cultural Leverage”, de 2009, coautorado con Tomás Ariztía), los mercados (“From Calculation to Alienation”, “Capturing Markets from the Economists”) o el desarrollo (véase esta conferencia) han de ser trazados en términos empíricos: también son parte de lo que debe ser investigado.

En tercer lugar, y relacionado con lo anterior, podemos decir que el retorno a lo empírico no aparece para Slater únicamente como una necesidad académica, sino que también mantiene un carácter ético. Una sociología abierta a

los actores y a los conocimientos que éstos despliegan involucra una mirada más compleja y variada acerca de lo social, por cuanto los conceptos sociológicos son cuestionados constantemente desde la experiencia y los conceptos de quienes construyen el mundo en que viven. Esta democracia conceptual, donde lo social emerge en el cruce de numerosos conocimientos, implica no sólo reconocer las limitaciones del conocimiento sociológico, sino además instalar la humildad como un valor central dentro del proceso de investigación.

Nuevos medios, desarrollo y globalización

Don Slater

THE LONDON SCHOOL OF ECONOMICS AND POLITICAL SCIENCE

Estar aquí, hoy, es un honor y un placer mayores al que ustedes puedan imaginar. He tenido una conexión larga aunque algo virtual con Chile y los académicos chilenos, en gran parte porque he tenido un sorprendente número de estudiantes de doctorado chilenos durante los últimos años, quienes han resultado ser algunos de los mejores a los que he enseñado, no sólo por su nivel académico sino además por su originalidad, audacia y compromiso. Ahora que ellos están terminando y retornando a casa, resulta un privilegio visitarlos aquí. Y es un privilegio mucho mayor aun hacerlo gracias a esta serie de conferencias en honor a Norbert Lechner, quien claramente tuvo una enorme influencia en estos académicos en formación: he sentido su presencia a través de los estudiantes. Él planteó el tipo de preguntas que ellos han desarrollado en sus trabajos: el estudio de la cultura y la identidad, nuevos acercamientos metodológicos, un compromiso con investigaciones innovadoras y vinculadas a lo público que puedan hacer una diferencia significativa en la vida colectiva. Me hubiese encantado conocer a este hombre, y estoy seguro de que hubiéramos tenido mucho sobre qué conversar. Espero que esta conferencia sea un diálogo a la altura de la tradición y el legado sociológico de Lechner.

La pregunta que quiero explorar es cómo pensar y estudiar los nuevos medios de comunicación, el desarrollo y la globalización. Sin embargo, el título de esta presentación es un poco equívoco: no voy a ofrecerles mi teoría personal acerca de los nuevos medios, el desarrollo y la globalización, ni propondré nuevas y sorprendentes conclusiones sobre ellos. Al contrario, intentaré convencerlos de que estos tres términos son profundamente problemáticos e incluso peligrosos, y debieran ser eliminados de nuestro lenguaje analítico, o al menos completamente redefinidos, hasta hacerse irreconocibles.

El contexto de tal argumento es importante: esta conferencia se basa en la experiencia de diez años en proyectos sobre tecnologías de información y

comunicaciones (TIC) realizados en zonas fuera del hemisferio norte: el Caribe, Asia del sur y África oeste –me encantaría agregar a Chile en esta lista–. Estos estudios se han realizado cada vez más en colaboración con agencias de desarrollo, como la UNESCO y el Departamento para el Desarrollo Internacional de Gran Bretaña (DFID), y todos han tomado la forma de etnografías: son estudios minuciosos de comunidades destinados a saber cómo la gente entiende y usa los aparatos para comunicarse. Mi punto de partida, por lo tanto, es preguntar qué pasa cuando estos términos –nuevos medios, desarrollo y globalización– son unidos por agencias poderosas, como el Banco Mundial y la UNESCO, en cuanto fundamento para intervenir en las formas de vida y de sustento en todo el mundo.

Los tres términos –nuevos medios, desarrollo y globalización– han formado una conjunción poderosa que se da por sentada; de hecho, la conjunción es poderosa precisamente porque se ha vuelto parte del sentido común en el mundo moderno tardío. Se cree ampliamente que los nuevos medios –particularmente internet y los teléfonos móviles– generan poderosos efectos sociales. De hecho, se consideran tan poderosos que, primero, trazan un nuevo camino de desarrollo –hacia una sociedad de la información o nueva economía o sociedad en red– y, segundo, son centrales en un proceso de globalización que está transformando totalmente el panorama socioeconómico del planeta. Propongo dos citas ejemplares:

La emergencia de una sociedad de la información global, a la cual todos contribuimos, entrega posibilidades crecientes para todos nuestros pueblos y para una comunidad global inclusiva que era inimaginable hace unos pocos años. (World Summit on the Information Society, WSIS).

No hay duda de que la economía mundial está experimentando el impacto de la globalización veloz y de la era de la información emergente, la cual nos conduce a un nuevo orden económico global que será dominado por la información y las economías del conocimiento. (Política de Ghana en ICT4D, *Information and Communication Technologies for Development*, 2003).

Estas citas han sido escogidas entre miles: impulsado en la mayor parte por los nuevos medios, el mundo se desarrollará rápida y crecientemente hacia una sociedad de la información y una nueva economía, en la cual la participación en flujos de información aun más globalmente integrados es una condición para el desarrollo, o incluso para la sobrevivencia, a nivel social, económico y político. Esta constelación de términos es normativa: cualquier inhabilidad

para diseñar proyectos sociales –por ejemplo, desarrollo nacional– bajo estos términos es considerado anormal y desastroso. Y hay una suerte de pánico: la sobrevivencia no sólo depende de aceptar esta visión, sino también de reconstruir la gobernabilidad local según sus perspectivas, y *rápido*.

Es importante tener en cuenta que esta constelación de declaraciones respecto hacia dónde va el mundo, y cómo logrará llegar, obviamente no es académica ni científica: no estamos hablando de hipótesis que puedan ser comprobadas ni de un proceso objetivo cuyo impacto necesita ser medido. Al contrario, afirmaciones como las del WSIS y el gobierno ghanés son *performativas*: encarnan supuestos que constituyen la base de prácticas y políticas institucionales que guían la manera en que se debe conocer, representar y actuar en el mundo. Su importancia no está en el valor de verdad ni en la adecuación descriptiva que proponen, sino en cuanto orquestan estructuras gubernamentales de uso de la tecnología, de debate público, etcétera. Describirlas como performativas es decir algo más fuerte: estas declaraciones no se limitan a describir el mundo, sino que lo construyen. Es adecuado considerar estas declaraciones sobre los nuevos medios, el desarrollo y la globalización como performativos, porque tienen efectos en el mundo: la realidad de los nuevos medios, el desarrollo y la globalización están en gran medida constituidos a través de la forma en que opera la demanda de ellos. Por eso me parece muy dudoso cuando las agencias para el desarrollo le piden a gente como yo que encuentre la *verdad* sobre los nuevos medios y el desarrollo mediante la separación de los discursos publicitarios de la realidad. El problema, como en la mayor parte de los fenómenos sociales, es que el discurso construye, en parte, la realidad.

Por lo tanto, hoy la tarea académica no es determinar, por ejemplo, si la globalización es real o cuál es *su* impacto. Es mucho más urgente la tarea de encontrar las formas en que gran parte de la vida social y gubernamental se realiza y organiza a través de la noción de globalización. Términos como globalización se nos presentan como marcos analíticos *dentro de los cuales* debemos investigar y proponer nuestras políticas. En vez de eso, debiéramos tratar esa idea como una parte del campo social que necesitamos investigar: es parte de nuestro campo de trabajo, no algo externo a él.

Esto lleva a un tema adicional bastante obvio: estas narrativas de sentido común respecto a los nuevos medios, el desarrollo y la globalización parecen ser –como en nuestras dos citas– verdades incorpóreas y universales, cuando en realidad se trata de versiones localizadas y específicas. Son narrativas específicas del hemisferio norte, euroamericanas, por muy ampliamente que

hayan sido adoptadas. Se producen en Washington o Bruselas, pero se dictan como si hubieran sido reveladas por Dios o por un estudio estandarizado. De ahí que su alcance performativo replique formas de poder muy antiguas: una narrativa social del norte que no sólo se presenta a sí misma como verdad científica, sino que además borra la huella de los hablantes particulares, sus intereses, perspectivas y posiciones sociales.

En contextos más específicamente académicos, este juego toma otra forma muy antigua: el norte provee la teoría y el marco analítico, mientras que el sur encuentra su lugar en el cuadro como estudio de caso o información. El mejor ejemplo de estos términos desiguales de intercambio intelectual que se me ocurre es una figura como Manuel Castells, quien invita cordialmente al sur a reprobador sus teorías a través de las evidencias que las desmienten, pero no se le ocurre adoptar una teoría o conceptualización del mundo desde el sur.

Es por esto que otra tarea del pensamiento sobre los nuevos medios, el desarrollo y la globalización consiste en observar no solamente cómo se plasman estas categorías, sino quiénes lo hacen, y si es que hablantes de otros lugares pueden contar versiones diferentes respecto a estos términos. Antes de meter a todos dentro de una narrativa dominante debemos preguntarnos cómo dar igual valor analítico y político al pensamiento de otros pueblos respecto a los aparatos de comunicación, el cambio y la interconexión sociales. Y preguntarnos de qué manera podemos antropologizar las narrativas del norte sobre los nuevos medios y la nueva economía, para verlas simplemente como las creencias locales de unos pueblos en particular, una cosmología entre muchas otras.

Éste es un reclamo por un tipo de democracia conceptual y simetría analítica entre muchos participantes diferentes. Y conduce a un punto final preliminar que quiero declarar: tanto la preocupación por la realización performativa como por la democracia me ha llevado casi naturalmente a un compromiso metodológico: lo que hago es etnografía. Hago etnografía porque es el único enfoque que conozco que toma en cuenta estos temas y porque usa la única metodología que haya encontrado que de hecho no los *empeore*. Debo ser claro en esto porque es en lo que se basa el resto de mi propuesta: la etnografía es un enfoque, no una técnica. No es sólo un caso especial de método cualitativo (de hecho, yo y la mayoría de los etnógrafos usamos frecuentemente estadísticas e incluso encuestas); es más bien el compromiso de construir una comprensión del mundo social en términos de la gente que produce y vive en ese mundo, lo que implica reconstruir sus conceptos, sus formas de relacionarse y organizarse, sus prácticas y los materiales que genera. Por lo tanto, es el compromiso de no imponer mi propio orden conceptual como categorías

estandarizadas, lo que incluye términos como nuevos medios, desarrollo y globalización. Es, por ejemplo, un rechazo a ser tan *irrespetuoso* como para imponer preguntas estandarizadas en temas como la pobreza, o el uso de medios de comunicación, o el género, pidiéndole a la gente meterse en categorías que provienen de una cosmología local, y hacerlo sin haber compartido tiempo suficiente con esa gente para entender cómo *ellos* teorizan, representan y actúan en la pobreza, los medios o el género. Por supuesto, eso no es sólo una falta de respeto: además sólo produce números que no tienen sentido ni significado.

De hecho, la etnografía va aun más lejos: no sólo le da un valor completo y central a los mundos vitales de aquellos que estudia: también exige al investigador conocer esos mundos sin la perspectiva del científico sabelotodo, sino más bien como un participante en un diálogo entre interlocutores iguales. Los antropólogos a veces son reservados y conciliadores respecto de su tradición; como sociólogo –oficiante de una disciplina que tiene hartos más crímenes que expiar– quiero dar el argumento más potente respecto a la riqueza empírica y la total *validez* de la etnografía y de su madurez ética: desarrolla la simetría analítica entre los universos conceptuales como un principio operativo.

Suficiente preámbulo: ahora tomemos por separado cada uno de nuestros términos. En cada caso, el punto de vista será imparcialmente directo: nuevos medios, desarrollo y globalización son términos con prestigio. El problema es que pretenden definir los enfoques analíticos dentro de los cuales debe realizarse la investigación, cuando lo cierto es que son partes poderosas del campo, de los fenómenos que estamos estudiando.

Nuevos medios

Consideremos primero la idea de nuevos medios de comunicación como un término performativo. Cuando las agencias de desarrollo han financiado mis investigaciones, en general han pedido una respuesta a una pregunta específicamente formulada: “¿Cuál es el impacto potencial de las TIC, tecnologías de la información y las comunicaciones, en la reducción de la pobreza?”. Lo preguntan en formas más o menos sofisticadas, pero lo que les interesa son impactos mensurables, o modelos generales y sustentables de uso de nuevos medios que podrían producir fidedignamente impactos mensurables.

Este deseo de medir impactos tiene un contexto institucional y político obvio, más allá del deseo de maximizar los beneficios: se trata de cuerpos públicos que necesitan sacar la cuenta de sus inversiones y que están estructurados para operar a través de terrenos sociales amplios. Necesitan saber

que internet es un objeto estandarizado que producirá resultados adecuados y predecibles si se instala correctamente en India, Ghana o la isla de Trinidad. La forma de la pregunta, por lo tanto, se refiere a “internet” como un objeto estandarizado y uniforme con propiedades intrínsecas conocidas, y se nos pide medir el impacto de estas propiedades con un indicador igualmente estandarizado y universalmente aplicable en algo también universal, la pobreza.

Podemos objetar esta estrategia a partir de estudios de medios bastante convencionales y desde la sociología del consumo. Los objetos no tienen propiedades invariables: son entendidos, configurados y usados de formas diferentes al interior de relaciones sociales distintas. Objetos como internet se producen a través de su consumo tanto como en su manufactura inicial. Son, en consecuencia, transformados por los contextos que median entre ellos, a la vez que transforman estos contextos. Los medios son mediados, y esto produce dialécticas muy complejas y localizadas.

Pondré un ejemplo: el gobierno ghanés proyectó las políticas nacionales para reconstruir todos los aspectos de la vida y el gobierno con el objetivo de lograr una sociedad de la información. El modelo mediático subyacente reside tanto en los discursos prestigiosos del hemisferio norte como en las experiencias, también en el norte, de los funcionarios y académicos ghaneses. Para ellos, “internet” es básicamente información en red a la que un individuo accede a través de un computador personal; el acceso a la información puede lograr que las instituciones sean más transparentes y menos corruptas, y entregar poder a los individuos como ciudadanos y actores del mercado.

Nuestra etnografía en un barrio bajo de Accra reveló lo que todos sabían en privado: ya existía una cultura de internet extendida y efervescente entre la juventud urbana. Sin embargo, para ella internet era una máquina completamente diferente. A pesar de su uso masivo y a menudo diario, casi nadie había visitado un sitio o había tenido acceso a algo que los políticos considerarían información. En vez, los jóvenes pasaban horas, por supuesto en cafés públicos y en grupos, usando lo que ellos saben que *es* internet: messenger y chat, lo que significa comunicación y sociabilidad, principalmente una forma de construir relaciones con contactos del hemisferio norte con la esperanza de recibir dinero, una visa o simplemente conexiones de prestigio.

El punto no es que el gobierno estuviera equivocado y yo en lo cierto, o que la etnografía descubriera la verdad de los nuevos medios. El punto es que la imposición de una entidad estandarizada –“internet” impulsada por agencias

de desarrollo— estaba llevando a cabo una sociedad de la información en terreno, construyendo un tipo particular de tecnología y de uso a través de grandes sumas de recursos muy escasos, e ignorando completamente las posibilidades y prácticas alternativas.

No obstante, el problema es aun más profundo. Es fácil decir que un objeto mediático particular es variable y mediado. ¿Pero hay algo equivocado en la noción misma de un medio? ¿Acaso estoy imponiendo de partida algo estandarizado al usar este término?

El término “nuevos medios” claramente es bastante sospechoso. Parece evidente que no es un término descriptivo neutral —no existen objetos en el mundo que simplemente *sean* nuevos medios—, sino que más bien es utilizado por una narrativa particular que marca los límites entre máquinas que definen el futuro y otras que pertenecen al pasado.

Un ejemplo vívido y lamentable es el destino que sufrió la radio con los planes de desarrollo: en los años setenta y ochenta existieron generaciones muy creativas y enérgicas que usaron las radios comunitarias como vehículos de distintas estrategias de comunicación y empoderamiento. Los límites trazados por el discurso de los nuevos medios dejaron completamente al margen este campo de experiencia política, al extremo de que ninguna de las radios comunitarias, cuando yo trabajaba en Ghana, fue invitada al Foro Mundial de la Sociedad de la Información. En vez de explorar los potenciales de desarrollo dentro del amplio rango de recursos comunicacionales, los “nuevos medios” fueron usados para establecer fronteras y zonas de exclusión, para trazar el mapa de imperios burocráticos y financieros.

Podemos ver así que el término “nuevos medios” es performativo antes que descriptivo. Y lo mismo podría considerarse del propio término “medios”. Hace muchos años Raymond Williams dio los argumentos para esta consideración: el término “medios” cataloga los debates y las instituciones al interior de la modernidad occidental respecto de la concentración de las comunicaciones como cierto tipo de arreglos sociotecnológicos (los “medios”). La legitimidad de los estudios de medios y comunicaciones, por ejemplo, aún son muy dependientes de esta preocupación histórica sobre cuestiones como la esfera pública, la concentración industrial y la objetividad. Es decir, la misma idea de los medios está relacionada con la emergencia de formas de comunicación institucional particulares del hemisferio norte. Incluso se podría discutir que la misma idea de estudiar ciertos objetos como “medios” es una imposición de una cosmología particular, que considera toda la comunicación en términos de una preocupación occidental respecto a su propio desarrollo político.

La estrategia que adopté con mis colaboradores consistió de hecho en abandonar completamente el término “medios” y reemplazarlo por la noción de “ecología comunicativa”.

Nuestra estrategia, que sigue el modelo del teórico Bruno Latour, pretendía encontrar un concepto lo suficientemente trivial y carente de contenido que pudiera ser rellenado con lo que observáramos en el trabajo de campo. En vez de buscar a los “medios”, nos permite ver los recursos que la gente usa para comunicarse, y nos permite ver cómo estos recursos se articulan y estabilizan hasta convertirse en prácticas comunicativas duraderas. Podemos encontrar así tipos muy diferentes de instituciones, algunas de las cuales formulan preguntas y problemas bastante diferentes a aquellos formulados por los estudios de medios del hemisferio norte. Como en la teoría del actor-red de Latour, esta estrategia simplemente nos pide seguir a los actores para ver qué objetos y relaciones emergen.

Daré dos ejemplos breves. El primero: cometí un error increíblemente estúpido en Sri Lanka. La UNESCO quería que nuestra etnografía de una comunidad rural al sur de Kandy estuviera acompañada de una encuesta. La encuesta fue adaptada desde mi experiencia anterior en la isla de Trinidad, e incluía una medición de la frecuencia de consumo de estudios de medios estándar dentro de una lista de medios también estándar:

		¿Cuántos miembros han realizado la siguiente acción en el último mes?	¿En el último año?	¿Dónde la realizaron?
a	Enviar o recibir una carta			
b	Escuchar radio			
c	Ver televisión			
d	Leer el diario			
e	Llamar por teléfono			
f	Leer una revista			
g	Usar internet			
h	Leer un libro			
i	Usar un computador			
j	Usar un teléfono móvil			
k	Enviar o recibir un e-mail			
l	Viajar a Colombo			
m	Viajar a Kandy			
n	Viajar al pueblo vecino			
o	Ver un sitio web			

Estaba muy orgulloso porque había incluido en la lista cuestiones de movilidad. Pero me avergoncé profundamente cuando me dijeron que no había incluido la única y más importante tecnología de comunicación en la zona: *toda* persona de Sri Lanka sabe que, lejos, el medio de comunicación más importante es el altavoz. Por ejemplo, la información respecto a la salud se realiza al montar altavoces en automóviles que recorren sistemáticamente los distritos más importantes. La comunicación por altavoces en espacios públicos, además de constituir encuentros sociales fundamentales, forma parte de un flujo único de bienes culturales y formas de entretenimiento sin el cual no habría tenido posibilidad de entender la magnitud de lo que de hecho debía estudiar. Lo que quiero decir es algo realmente simple: primero hay que hacer la etnografía y observar la ecología comunicativa, los sistemas comunicativos que la gente ha armado, antes de pensar en medir nada. Y tampoco hay que usar la misma lista en Tamil Nadu, para qué decir en Ghana.

El ejemplo de los altavoces formula otra cuestión cercana a la teoría del actor-red de Latour: el uso del altavoz no se plantea como algo que pueda ser definido como medio, ya sea como tecnología o institución, sin cometer una violencia conceptual extrema respecto a lo que sucede. En el caso de la información sobre salud, uno podría describir un objeto híbrido: automóvil + altavoz + mapa de los distritos administrativos de salud. En el caso de los eventos de entretención basados en el altavoz, existe un amplio rango de géneros, cada uno de los cuales conduce a diferentes redes y prácticas sociales: eran, otra vez, híbridos de muchos objetos, prácticas e instituciones.

El segundo ejemplo puede resaltar la diferencia entre los puntos de vista que parten desde los medios y desde la ecología comunicativa. En nuestro sitio de trabajo rural en Ghana, existía un centro de internet administrado por la asamblea del distrito. Estaba muy bien equipado, pero la mayor parte del tiempo permanecía casi vacío. La siguiente cita resume el pensamiento detrás de este centro, un pensamiento estandarizado sobre TIC y desarrollo:

Si vienes al “centro” de computación, puedes acceder a algo que se llama “computador”; puedes tomar cursos de “aprendizaje” computacional y usar “internet”; puedes obtener “información” y llevártela a tu “casa”.

Las palabras entre comillas son los términos estandarizados, los que todos suponían entender y no había que explorar o desarmar: el computador, por ejemplo, es un objeto conocido con propiedades también conocidas. Sólo necesitamos encontrar la mejor manera de instalarlo en una cultura local para asegurar el máximo beneficio.

El siguiente es un comentario de Sarah, una mujer local que realizaba operaciones comerciales extensas (no es una cita, sino una condensación de su historia tomada de muchas conversaciones):

Mandé al hijo menor en trotro [transporte colectivo típico de Ghana, en general una minivan] a Korapo con mandioca y mensajes; él entrega mensajes (cara a cara) al hijo mayor en el colegio, y llama a mi hermana mayor en Accra para coordinar la entrega de perfumes en el siguiente camión y para saber si mi hermano mayor en Londres vendrá para Navidad; el hijo menor volverá con jabón, carbón y la hija de mi tercer primo que se fue..., etcétera, etcétera.

Ella había armado una práctica comunicativa o TIC confiable, con la cual podía operar correctamente cada día, y me la describió articulando cada detalle. Era una mezcla híbrida que hacía uso de propiedades específicas de los hombres y de los objetos, que lograban interconectarse de formas precisas.

Una tercera “cita” proviene de una conversación con el joven que estaba a cargo del centro computacional. Después de tomar varios tragos una noche, le preguntamos qué podríamos obtener si lográbamos aplicar el pensamiento híbrido de Sarah al centro computacional. La respuesta tomó la forma de un “algoritmo” que representa un nuevo ensamblaje comunicativo:

Profesor + camino + centro computacional + trabajador del centro + sitio web + DTP + fotocopidora + colegio = una TIC.

Este ejemplo específico se refería a cómo captar a los profesores y alumnos de los pueblos de los alrededores dentro de una red que incluyera al centro computacional. Considero que estructura una institución comunicativa confiable, pero no se parece ni remotamente a una institución de nuevos medios o a un proyecto de TIC y desarrollo.

Creo que aquí es útil usar un término como “ecología comunicativa”. Significa que no se presume qué es lo que se puede considerar medio, comunicación o información, y no intenta localizar a ninguno de ellos en un objeto tecnológico en particular. Antes que eso, se preocupa de a cuáles recursos comunicativos puede acceder la gente; cómo los arma, los usa y los entiende; y qué relaciones se forman a través de sus transacciones. Esto también incluye cuestiones estándar de cultura material: por ejemplo, qué tipos de relaciones y valores son objetivados en estos ensamblajes, y cómo estos valores son reproducidos y reconfigurados en el intercambio de estas objetivaciones. Incluso

algo más importante: qué nuevos sistemas o configuraciones podrían ser útiles para los proyectos de la gente.

Ésta no es sólo una cuestión de hacer mejores investigaciones. También es una cuestión de simetría analítica o democracia conceptual: imponer la idea de “medios” en la Ghana rural obviamente implica observar la comunicación desde un punto de vista universal a través de una experiencia particular, una agenda y una problemática del hemisferio norte. En cambio, si tenemos claro que la misma idea de “medios” proviene de una experiencia particular del hemisferio norte, entonces también podemos antropologizar las ecologías comunicativas del norte: podemos tratarlas como experiencias locales y particulares, arreglos institucionales y agendas. El uso de Facebook de un estudiante norteamericano no sirve para predecir el futuro del mundo, pero puede decir una gran cantidad de cosas acerca de la cultura y la sociabilidad estadounidenses.

Desarrollo

Mi segundo término, desarrollo, también tiene una historia específica, íntimamente ligada a la estabilización geopolítica de la era de posguerra, con la descolonización y la rivalidad de la Guerra Fría. De hecho existen suficientes indicios de que esta configuración de fines del siglo XX está reventando, pues ha sido parcialmente desmantelada por ajustes estructurales, parcialmente sustituida por discursos de empoderamiento y buen gobierno, parcialmente reemplazada en su función por las ONG, y aun más empujada por la inversión extranjera directa del sector privado y los programas corporativos de responsabilidad social. Es decir, no es una categoría universal y podemos definir su historia de forma bastante sencilla.

El desarrollo siempre ha sido un concepto descaradamente asimétrico: en realidad, la transformación social en los países del hemisferio sur se etiqueta como “desarrollo” porque es objeto de la intervención del hemisferio norte y porque *ellos* no podrían cambiar sin la asistencia práctica y teórica del norte. Por contraste, el cambio social en el hemisferio norte no se llama “desarrollo”. Las recientes demandas por la transformación de las sociedades de la información, nueva economía, sociedad en red, etcétera, en el hemisferio norte, no son “desarrollo”: son simplemente progreso, cambio, el futuro; son simplemente la senda normativa de la historia mundial. Por eso es tan urgente el llamado a formular o identificar “modernidades alternativas” contra este telón de fondo.

En relación con la investigación de las TIC, la asimetría es extrema precisamente porque las TIC y el desarrollo son los objetos y metáforas prestigiosos de la transformación social contemporánea. Son símbolos de un futuro inevi-

table: son la nueva cultura material de la modernización, los objetos que condensan, encarnan y representan nuestro pensamiento respecto hacia dónde va el mundo. Sin embargo, existen dos formas muy diferentes y opuestas de comprender “TIC y desarrollo”, que intentaré describir sin ambages.

Para el hemisferio norte, la sociedad en red significa formas nuevas y más creativas de organización del trabajo, la valorización de la creatividad, el allanamiento de las jerarquías, las transformaciones de la identidad y la pertenencia. Incluso más allá, las TIC han proporcionado un vehículo con el cual imaginar una transformación de la subjetividad y la sociabilidad humana. La cibercultura es un ejemplo obvio de esta imaginación, pero en general los discursos de la nueva economía, el dominio de las metáforas sobre la red y la nueva ola de herramientas para las conexiones sociales son regidas por la expectativa de transformarse en diferentes tipos de sujetos sociales.

Por contraste, en el hemisferio sur —que es visto desde los discursos de desarrollo como *receptor* del desarrollo— las TIC son conceptualizadas casi como una herramienta. En vez de desplegar una dialéctica expansiva entre sujetos y objetos, son consideradas como herramientas que deben ser usadas para fines técnicos específicos por seres humanos que han sido reducidos a sus necesidades básicas. En las conversaciones de la industria del desarrollo, la prueba más ácida para las TIC suele exponerse en la siguiente pregunta: “¿Por qué estás botando todo este dinero en las TIC en vez de construir pozos de agua potable?”. Ésta es la parodia que identifica la justicia social y la eficacia técnica con la satisfacción de una humanidad humillantemente reducida. Y es una pregunta que alguien del hemisferio norte —con la seguridad que dan tres siglos de pensamiento liberal sobre el derecho a completar su desarrollo humano— nunca tendrá que hacerse: ¿tendré yo que conformarme alguna vez sólo con agua potable?

Ésa es la lógica bajo la que se juzga a las TIC en desarrollo, según la cantidad de información directamente instrumental, utilitaria, que canalizan, y por su traducción directa en empleos, generación de ingresos o calificaciones educacionales, etcétera. Ésa es asimismo la lógica que impide a las agencias de desarrollo considerar también los placeres y usos que la gente de hecho encuentra en estos objetos, o identificar las vías más indirectas o complejas hacia otros tipos de desarrollo a las que pueden conducir. Ciertamente están próximas a las visiones de transformación subjetiva y social. El receptor del desarrollo es visto más bien como el usuario de una herramienta: tiene necesidades básicas que cubrir, se le pueden entregar mejores o peores herramientas con las cuales cubrir esas necesidades, pero nunca es transformado por una relación

dialéctica con los materiales a través de los cuales satisface sus necesidades. Se mantiene eternamente igual.

Pondré un ejemplo. El proyecto Seelampur, en Nueva Delhi (parte del programa de TIC financiado por la UNESCO), consistía en un centro computacional para mujeres ubicado en una madraza, una institución educacional islámica bajo el patrocinio de un muy poderoso maulana, o líder religioso y educativo. Inicialmente el equipo a cargo concibió el proyecto de un modo directamente instrumental: como entrenamiento vocacional. Seelampur tiene una larga tradición de artesanía hecha por mujeres –bordados y confección–, y las ONG suponían que podían mejorar su trabajo a través de entrenamiento en red, abastecimiento y venta vía internet, etcétera. Al mismo tiempo, estos conocimientos básicos de computación podrían reconectar a las mujeres jóvenes con estrategias tradicionales de vida, que involucraban mayormente un progreso a través de credenciales educativas, ojalá hacia trabajos de oficina. En fin, imaginaban muy directamente pero sin mucha claridad los vínculos entre las TIC y el desarrollo.

Las expectativas se trastornaron por completo casi desde el primer día. Afortunadamente, el equipo era muy receptivo y contaba con apoyo total de la UNESCO: fueron capaces de redefinir el proyecto de manera rápida y comprensiva. Reduciré su complejidad a dos aspectos centrales.

Primero, el centro era un espacio dinámico de libertad y exploración. Se trataba de mujeres jóvenes cuyo único acceso a cualquier espacio público consistía en la manzana que rodeaba sus casas, y que eran sancionadas con el ridículo, el descrédito y cosas peores si es que se aventuraban más allá. El centro de internet, por contraste, era un lugar de discusiones intensas, para bromear, jugar, imaginar y colaborar. Puede servir como medida de la libertad de estas muchachas, quienes en la calle ni siquiera se atrevían a mirarme, el hecho de que en el centro se burlaran de mí sin piedad. No hay forma en que pueda describir este centro en términos de usos utilitarios de TIC como acceso a la información; de hecho, los computadores jugaban roles bastante diferentes y cambiantes: a veces los ignoraban completamente, otras los usaban para jugar y sólo ocasionalmente los usaban para aprender habilidades computacionales.

Pero –éste es el segundo aspecto– casi todas las usaban para pintar; como en casi todos los otros proyectos, a las chicas de Seelampur les gustaba más que nada pintar, y al pintar, además, mostraban su mayor libertad. La obra más impresionante fue una animación en Flash de una historia de amor de Cachemira, que incluía las canciones y la narración, y que visualmente combinaba

estéticas tan distintas como las de la tradición musulmana, la mitología hindú, los dibujos de Disney y las revistas femeninas.

Lo más asombroso de esta cultura visual no era simplemente su desprecio por lo utilitario, sino también que no era tradicional, local o étnica en el sentido típico del desarrollo. Podría describirlo mejor con palabras como diseño gráfico o multimedia u otros términos derivados de las industrias creativas del hemisferio norte antes que de las artesanías del sur. Más aun, las mismas jóvenes mostraron fuerte resistencia a ser confinadas a un futuro de artesanías étnicas: el plan de negocio más ambicioso que resultó de este proyecto no fue la promoción de artesanías, sino el intento de una de las mujeres de instalar un centro computacional similar en su pueblo natal, en las afueras de Nueva Delhi.

No estoy tratando de argumentar que las chicas de Seelampur tuviesen oportunidades objetivas de ingresar a las industrias creativas, porque no las tenían. Tampoco estoy desechando todos los logros en desarrollo instrumental que puedan acumularse con las TIC. El punto es que sólo en el discurso sobre el desarrollo de los profesionales y los académicos se separan los usos instrumentales de las cosas de la apropiación particular de los instrumentos en la producción de una forma de vida deseada. Dicho simplemente, *nosotros* nunca usamos los objetos solamente como herramientas; siempre son vehículos a través de los cuales exploramos y desarrollamos nuestros valores, comprensiones, relaciones y proyectos.

Ya he puesto el énfasis en la forma en que las jóvenes de Seelampur se resistieron a las asimetrías de las prácticas de desarrollo. Permítanme ahora referirme a algunas simetrías interesantes. En esta historia hubo una larga serie de personajes que apostaron por el centro y por las TIC. Daré cuenta de algunos de ellos.

El maulana tenía un claro sentido del prestigio de las TIC, así como también de la buena imagen que podía obtener al conectar estas máquinas con el empoderamiento de las mujeres. La transacción de estos objetos formaba parte de una estrategia clara de desarrollo comunitario.

La UNESCO ya había cerrado su compromiso con las TIC como herramientas centrales para el desarrollo. Sin embargo, no fueron capaces de ofrecer evidencia clara o especificar los mecanismos precisos que conectan a las TIC con cualquier logro particular de desarrollo. Esta falta de certeza hizo aceptable financiar mi programa para investigar estos vínculos de una forma experimental, abierta y basada en el estudio. En la práctica, el “desarrollo” no fue el marco, sino la cosa que debía ser descubierta o configurada a través de prácticas, incluidas las de la investigación.

Los padres de las jóvenes de Seelampur tenían una teoría de desarrollo clara, la cual algunas veces entraba en conflicto con la de sus hijas y con la del centro: el desarrollo, decían ellos, se logra al asegurar credenciales educativas que permiten a las jóvenes progresar hacia niveles más altos de educación o a un trabajo de oficina. Las madres veían a los nuevos medios como una condición *formal* de desarrollo antes que como un proceso de aprendizaje sustantivo: constituían un medio para obtener otras credenciales y no para la transformación personal. Esto concuerda con el vocacionalismo de algunas estrategias de desarrollo de la UNESCO, pero no con el pensamiento respecto al desarrollo del equipo del proyecto ni de las jóvenes. Y por supuesto los padres tenían muchas discrepancias respecto de las consecuencias dispares del desarrollo (sus hijas podrían ganar más dinero, pero estaban demasiado seguras de sí mismas y repentinamente bien conectadas). Los padres consideraban que esto era muy problemático y amenazador. El desarrollo es de doble filo, peligroso y desestabilizador.

Finalmente, las mismas jóvenes se situaban entremedio de líneas diferentes de la teoría del desarrollo: tenían un pie en las viejas estrategias de la educación como credencial (y de hecho un logro del proyecto claramente fue que muchos adolescentes mayores volvieron a la escuela) y otro pie en una especie de nueva economía utópica que no estaría fuera de lugar en Silicon Valley.

Lo que conecta a estas figuras, y las vuelve simétricas, es bastante simple: todas ellas sitúan a las TIC en el centro de sus narrativas –y por lo tanto de sus estrategias– de transformación y desarrollo futuro. Y todas ellas son poco claras, confusas, inciertas, respecto del resultado de tales narrativas. Todas actúan sobre la base de conocimientos altamente provisionales que deben considerar como confiables simplemente porque tienen que *actuar*. En términos de simetría analítica, el punto simplemente indica que podemos tratar a todos los involucrados en esta historia como teóricos del desarrollo.

O quizás podemos considerarlos como teóricos del desarrollo si redefinimos el desarrollo con la extrema soltura que he aplicado a la ecología comunicativa: defino “desarrollo” simplemente como todos los discursos y prácticas que buscan comprender y actuar sobre el futuro, construir estrategias fundadas (personales, familiares, nacionales, étnicas, globales, etcétera) tanto para sobrevivir como para lograr formas de vida valiosas y deseadas en condiciones contingentes y así y todo probables. En este sentido, el desarrollo es una cuestión de pensamiento y acción estratégica que se realiza sobre la base de valores actuales y de conocimientos que se sabe son provisorios y contingentes. Si uno espera llegar a una gran teoría, “desarrollo” puede considerarse, por lo tanto, como una condición intrínseca y dominante de la modernidad –sea en el he-

misferio norte o sur— de aquellos actores sociales que necesitan reconfigurar constantemente su sentido de agencia con relación al cambio; es decir, todo el mundo. Lo más importante, bajo esta definición, es que el pensamiento sobre el desarrollo abarca las condiciones de existencia social en la amplitud del campo social: los obreros rurales de la India piensan sus estrategias de futuro tanto como las corporaciones globales, gobiernos y ONG que buscan intervenir en sus vidas. En la medida en que todos se comprometen en el juego de intentar (con una tremenda incertidumbre, miedo y esperanza) conectar su propia fortuna con comprensiones provisionales y riesgosas acerca de hacia dónde se dirige el mundo, cómo funcionará, cómo podrían actuar y llevar adelante sus proyectos dentro de estos estados futuros desconocidos —en la medida en que están involucrados en ese juego, más o menos reflexivamente—, todos son teóricos del desarrollo, planificadores del desarrollo y agentes del desarrollo con el mismo estatus analítico. Aunque ninguno de ellos sepa, de verdad, qué demonios está pasando.

Globalización

Hay una palabra más en el título, globalización. La globalización se ha vuelto una narrativa dominante, inscrita en prácticas y estrategias institucionales: es una forma de conocer y de actuar sobre el mundo. Los documentos de la industria del desarrollo, por ejemplo, asumen a la globalización como el telón de fondo natural de todo trabajo de desarrollo: la clave para el desarrollo sostenido es la integración de mercados cada vez más intensamente interconectados y sin intermediaciones; bajo este punto de vista, la única alternativa es ser marginado y descender en un hoyo negro informativo digno de Castells.

Como cosmología del hemisferio norte, la globalización tiene tres propiedades centrales que me preocupan. Primero, se acomoda dentro de un realismo filosófico: aparece como una estructura real y objetiva que contiene a otros procesos sociales, oscureciendo completamente, así, el carácter performativo del término.

Segundo, la globalización se caracteriza como un agente social, un actor universal que tiene impacto en lo concreto, lo que oculta las medidas ejecutadas para construirla.

Tercero, la globalización se ha vuelto un marco analítico que se aplica a lo particular: se ha vuelto una medida estándar. Esto es más claro aun en los interminables debates académicos sobre la relación entre lo local y lo global. La globalización y lo global son una medida estándar, un marco único que puede imponerse donde sea para medir y rastrear relaciones sociales.

Pondré un ejemplo más antiguo de mis apuntes de trabajo:

Trinidad, junio de 1999. Los representantes canadienses de IBM y KPMG realizan un seminario-desayuno para los líderes de negocios de Trinidad. El mensaje que entregan es que internet y las economías basadas en la información son el último tren para llegar a la modernidad global, la productividad y las utilidades. El tren ya partió, pero si la elite de Trinidad corre muy rápido quizás pueda alcanzar a saltar al último vagón. La respuesta de los interpelados es al mismo tiempo febril y autoflagelante: los participantes ya aceptaban que el internet global es el futuro inevitable; el seminario simplemente los aturdió mostrándoles el gran terreno que habían perdido, otra vez, a la hora de asegurarse un lugar adecuado en el escenario global, y ellos sentían –tal como les decían– que era su “última oportunidad”.

Bruno Latour observa el problema con mucha precisión en su libro *Reensamblar lo social*: el problema con las ciencias sociales es que “usan la escala como una de las muchas variables que deben establecer *antes* de investigar, mientras que la escala es lo que los actores realizan al *ubicarse en alguna escala, situarse en el espacio y contextualizarse mutuamente*”. Desde este punto de vista, lo global y lo local no son lugares, niveles o medidas, sino que son el resultado de las “prácticas de escala” de la gente, y por lo tanto son temas –no recursos– para el analista. Necesitamos estudiar cómo la gente traza el mapa del mundo, cómo construye conexiones desde distancias diferentes, cómo categoriza, conceptualiza y valora de distintas maneras estas conexiones diferentes, estas distancias diferentes. Hablar de globalización en general oscurece la intensidad de estas acciones y pensamientos: simplemente imponemos el mapa del hemisferio norte y luego les pedimos a los académicos trabajar dentro de esta métrica establecida. Y les pedimos a los sujetos responder a esa métrica, y rápido.

En términos de investigación, la decisión analítica se da claramente entre, por una parte, presumir que la globalización es una fuerza a la cual todos debemos plegarnos, y, por otra, considerarla como una narrativa específica del hemisferio norte a la cual la gente puede responder en escalas y mapas muy diferentes. Lo que sí es evidente es que recursos como internet son usados por la gente como recursos para implementar escalas muy diversas de conexiones y representar formas muy diversas del ser social. Y esto es mucho más interesante y potente que considerar internet como una simple herramienta para acceder a un “globo” uniforme.

Permítanme dar los últimos ejemplos. En Ghana, internet es visto por los usuarios jóvenes y pobres como un conducto para alcanzar los bienes del hemisferio norte: a través del chat aleatorio se accede a gente del norte que puede proporcionar dinero, conocimiento, capital social, visas, invitaciones, matri-

monio y otros bienes. El uso de este medio reproduce claramente historias de dependencia de las donaciones, migración poscolonial y ajuste estructural de estrategias de vida: para estos usuarios “lo global” se identifica con rutas geográficas específicas para reducir la pobreza, y se accede a ellas a través de internet.

Por contraste, la juventud rural de Sri Lanka, imbuida de un universo moral centrado en la vida de pueblo, considera la conectividad global como un medio gracias al cual “el globo” puede acceder al privilegio de ver fotos de los lugares sagrados de sus pueblos y de los paisajes locales; y, asimismo, los trabajadores de Sri Lanka inmigrantes en el Oriente Medio pueden ver y oír a su pueblo. Las conexiones logradas a través de internet apuntan a redirigir el mundo hacia el centro moral del pueblo.

Los jóvenes trinitarios, por otro lado, se ven a sí mismos como actores globales naturales que han sido marginados de los escenarios globales (sean educativos, económicos, musicales o cualesquiera); para realizar su ser cosmopolita deben dejar Trinidad e irse a Londres, Toronto o Nueva York. Se enorgullecen de su conocimiento de otros lugares y de sus habilidades para funcionar en cualquier parte, absorber cualquier cosa según sus propios términos. A diferencia de la juventud de Ghana, por ejemplo, para los *trini* era definitivamente poco *cool* copiar los estilos de hip hop del hemisferio norte. La soca, su música, siempre ha absorbido cualquier cosa que se encontrara dentro de estructuras estéticas similares, y la expansión de contactos permitida por internet apuntaba precisamente en la misma dirección.

Uno podría allanar esta diversidad considerándola como reacciones locales a “lo global”, y ésta es la tendencia tanto en las prácticas de desarrollo como en la academia. Pero las mismas preguntas políticas y analíticas surgen en el caso de los nuevos medios y del desarrollo: la globalización no es simplemente una teoría social problemática, menos aun una descripción neutra de realidad social. Incluso, o más aun, cuando es articulada por teóricos sociales como Giddens o Castells, la globalización es un término que elabora una narrativa de cambio inevitable desde el hemisferio norte para captar a agencias muy poderosas hacia una agenda localizada. Es necesario reconocer que la globalización es una historia entre muchas otras y no un marco dentro del cual todas las demás historias deben caber. Nociones como prácticas de escala, y también ecología comunicativa, nos dan esperanza de avanzar en esa dirección

Conclusiones

En suma, el objetivo de esta agenda de investigación es redefinir “nuevos medios, desarrollo y globalización” para lograr la máxima simetría e inclusividad, de tal manera que cada uno de los tres términos pueda “viajar” adonde

sea que necesitemos ir y pueda ser apropiado y aplicado por cualquier persona. No se trata de un ejercicio deconstructivo sino más bien de un intento por ampliar estos términos hasta lograr incluir potencialmente a todas las personas y a todas las cosas dentro del mismo marco de práctica y reflexión: los autos y los altavoces se pueden encontrar dentro de un “estudio de medios” tanto como el último iPhone o un aparato de radio antiguo; una empresa de biotecnología en Boston dedicada a impulsar modelos moleculares forma parte del desarrollo tanto como un obrero de Tamil Nadu; la globalización abarca el punto de vista de Castells junto a las nuevas geografías imaginadas por trabajadores inmigrantes de Sri Lanka. Cada uno tiene su apuesta, que es igualmente válida en la construcción de estas nociones. El punto de partida es que nos *urgen* una democracia del conocimiento: muchos de los desastres asociados a estos tres términos emergen desde una persistente inhabilidad o falta de voluntad para lograr un nivel de amplitud conceptual que ponga a todos en el mismo marco, a fin de que así puedan realmente verse y hablar entre ellos.